

# Fomento de las motivaciones de la conducta y formación de la autoconciencia infantil en la edad preescolar

## 1. CONTENIDO DE LAS MOTIVACIONES DE LA CONDUCTA DEL PREESCOLAR. FORMACION DE UN SISTEMA DE MOTIVACIONES

Las motivaciones de la conducta del niño cambian sustancialmente a lo largo de la edad preescolar. El preescolar más pequeño actúa, la mayoría de las veces, al igual que en la infancia temprana, impulsado por los sentimientos y deseos que experimenta en cada momento dado y no se da cuenta de las motivaciones que le han inducido a realizar esa acción. El preescolar mayor es mucho más consciente en su comportamiento, y expone en muchos casos perfectamente los motivos de su conducta en cada circunstancia concreta.

Un mismo comportamiento de niños de distinta edad puede obedecer a estímulos totalmente distintos. Un niño de tres años que echa migas a las gallinas lo hace para verlas congregarse y picar; un niño de seis años considera que presta ayuda a su madre.

Al mismo tiempo, algunas motivaciones son típicas de la edad preescolar en general e influyen de manera especial en el comportamiento del niño. En primer lugar son las motivaciones relacionadas con el *interés del niño por el mundo de los adultos*. Este deseo de parecerse al adulto es el que anima al niño en el juego de roles. Con frecuencia este deseo sirve para lograr que el niño se comporte correctamente en una situación cotidiana. Cuando

se quiere acostumbrar al niño a ser independiente se le dice: «Ya eres mayor y los mayores se visten solos.» Un fuerte argumento, que puede obligar al niño a contener las lágrimas, es: «Los mayores no lloran.»

Otro grupo importante de motivaciones que determinan el comportamiento del niño son las *lúdicas*, relacionadas con su interés por el juego. Esas motivaciones, que dependen del juego, también se deben al deseo de actuar como el adulto. Más allá de los límites del juego estas motivaciones marcan toda la conducta del niño y dan un carácter especial a la infancia preescolar. El niño es capaz de convertir cualquier cosa en juego. Con frecuencia, cuando parece que realiza un trabajo serio o está enfrascado en el estudio, en realidad el niño ha creado en su mente una situación imaginaria y está jugando. A un grupo de niños se les propuso que eliminaran lo que sobraba de estas cuatro cosas: un hombre, un león, un caballo y un carro. Los niños consideraron que sobraba el león y explicaron su elección así: «El hombre puede aparejar el caballo al carro e irse. ¿Para qué necesita el león? El león es capaz de comerlo a él y al caballo; es mejor enviarlo al zoológico.»

Una motivación de gran importancia en



*El niño se autoafirma y se adjudica fuerza y valentía...*

la conducta del preescolar es *el mantenimiento de las relaciones positivas con los adultos y con otros niños*. El niño necesita que el adulto le trate bien. Uno de los motivos principales de su conducta es el deseo de recibir una caricia o un elogio del adulto. Muchas acciones de los niños obedecen a ese deseo. El afán de mantener relaciones positivas con el adulto obliga al niño a acatar las reglas de comportamiento establecidas por ese adulto.

A medida que extiende sus contactos con los de su edad, al niño le importa cada vez más la opinión que sus compañeros tienen de él. El niño de tres años que ingresa en un jardín de infancia puede pasarse los primeros meses comportán-

dose como si a su alrededor no hubiera otros niños. Si quiere sentarse puede quitar la silla a otro niño; pero con el tiempo la situación cambia, las actividades comunes y la formación de la sociedad infantil hace de la opinión positiva y de las simpatías que le profesan sus coetáneos una motivación eficaz de la conducta del niño. Sobre todo el niño procura ganarse las simpatías de aquellos niños que le agradan y que gozan de popularidad en el grupo.

En la edad preescolar se desarrollan las motivaciones del amor propio y de la *autoafirmación*. Estos sentimientos surgen en el límite entre la infancia temprana y la edad preescolar, cuando el niño se ve

como un ser aparte de los demás y toma al adulto como modelo de comportamiento.

Una manifestación del deseo del niño por autoafirmarse es su afán de ser protagonista principal en el juego. Es curioso: a los niños no les gusta interpretar el rol de niños; les agrada mucho más interpretar a los mayores, que despiertan respeto y tienen autoridad. Los preescolares de edad menor y mediana revelan ese deseo de autoafirmación adjudicándose todas las cualidades positivas que conocen: se consideran valientes y fuertes, y no les preocupa que estas características no se corresponden con la realidad. Al niño que le preguntan si es fuerte, responderá que sí,

y dirá que es capaz de levantar a un elefante.

Este deseo de autoafirmarse puede, en ciertas condiciones, ser origen de caprichos y de obstinación.

6.0.3. Shura, muy mimada por los padres, les atosiga con sus caprichos. Su madre escribe: «No sabemos cómo complacerla. Si le satisfaces en una cosa, te exige otra; a la hora de la comida no quiere comer, o se le antoja algo imposible de conseguir. ¿Estará enferma?»

7.0.8. A la hora del paseo, Misha, sin ninguna razón, se niega a vestirse y no hay forma de poner fin a su capricho. Cuando más insisten, peor. Misha se tira al suelo y grita.

6.0.10. Mania se vuelve caprichosa por cualquier tontería. Se enfada con todo el mun-

do y se pasa el día entero sin hablar. (Facilitado por E. A. Arkin.)

Estos caprichos del preescolar recuerdan mucho el negativismo en la crisis de los tres años. Los caprichos se deben en ocasiones a una mala educación en ese período, que ha fijado las formas negativas de las relaciones mutuas. No obstante, la naturaleza psicológica de los caprichos es distinta a la conducta del período crítico, cuya causa se debe a que el niño intenta hacer valer su independencia. Por otra parte, el capricho es una forma de llamar la atención, de «imponerse» al adulto. Generalmente, son caprichosos los niños débiles, carentes de iniciativa, que en sus relaciones con otros niños de su edad no ven más formas de autoafirmarse que ésta.

En la edad preescolar se forman nuevos tipos de motivaciones debidos a una mayor complejidad de las actividades del niño. Este es el carácter de las *motivaciones cognitivas y competitivas*.

El niño de tres o cuatro años no cesa de preguntar al adulto: qué es esto, cómo es, para qué, etc. Más tarde su pregunta preferente es: ¿por qué? Los niños no sólo preguntan; también buscan por sí mismos la respuesta a lo que desconocen. Eso explica el afán del niño de «dstripar» los juguetes para saber qué tienen dentro.

Con frecuencia se ve en estos hechos la curiosidad característica del preescolar por saber. En realidad, las preguntas del niño no siempre son muestras de un interés cognoscitivo. Con la mayor parte de sus preguntas el preescolar de edad menor y mediana pretende únicamente acaparar la atención del adulto, entrar en contacto con él, compartir lo que él siente. Por eso es frecuente que el niño corte la explicación del adulto para hacerle nuevas preguntas. Sólo paulatinamente, influenciado por los adultos, que le educan y le transmiten conocimientos, el niño se interesa

más y más por lo que le rodea y siente mayor deseo de conocer.

El niño de edad preescolar menor escucha las explicaciones del adulto si precisa unos datos determinados para jugar, dibujar o para otra actividad práctica. Los intentos del niño de hallar las causas de algún fenómeno, así como sus «experimentos», generalmente también están relacionados con dificultades surgidas en sus actividades prácticas. Sólo en la edad preescolar el mayor interés del niño por el conocimiento comienza a motivar sus acciones y a determinar su conducta.

El niño de tres o cuatro años no compara sus logros con los de sus iguales: no se expresa su afán de autoafirmarse y de obtener el elogio del adulto con el deseo de hacer algo mejor que los demás; él, simplemente, se atribuye a sí mismo cualidades positivas o realiza acciones que el adulto valora positivamente. Se propuso un juego a escolares de edad menor explicándoles que el vencedor recibiría una estrella. Los niños prefirieron realizar todas las acciones en conjunto y no uno después del otro (como exigían las bases del juego), ayudándose mutuamente para dar la respuesta correcta. Después cada uno de ellos exigió la estrella, independientemente de los resultados logrados.

Las actividades conjuntas con los coetáneos, principalmente el juego, regido por unas reglas, despiertan en el niño el deseo de autoafirmarse y, en base a ello, el afán de ganar, de ser el primero. Casi todos los juegos de mesa a disposición de los preescolares de edad mediana y mayor y la mayor parte de los juegos deportivos son competitivos. Algunos juegos están animados por estas motivaciones: «¿Quién es más hábil?», «¿Quién es más rápido?», «¿Quién llegará primero?», etc. Los preescolares mayores despliegan su afán competitivo incluso en actividades que no tienen carácter de competición. A los niños les gusta comparar continuamente sus éxitos,

son dados a la jactancia y les duele mucho el fracaso.

En el desarrollo de las motivaciones de la conducta desempeñan un papel importante las razones *éticas*, que a lo largo de la edad preescolar van cambiando y transformándose a medida que el niño asimila las normas morales y aprende a valorar sus propias acciones. Inicialmente el niño observa las reglas de conducta únicamente para mantener con los adultos unas relaciones positivas. El elogio y la caricia que el niño obtiene por el buen comportamiento producen en él sentimientos agradables; así, poco a poco, el cumplimiento de las reglas se convierte para él en algo positivo y obligado. Los preescolares de menor edad se comportan de acuerdo a las normas éticas sólo con los adultos o los niños por los que sienten simpatía. El niño comparte los juguetes y los caramelos con aquellos con quienes simpatiza. El preescolar de mayor edad extiende su conducta ética a un amplio círculo de personas, con los que no mantiene un contacto directo. Es porque comprende el auténtico significado de las reglas éticas y sabe que debe aplicarlas obligatoriamente en sus contactos con cualquiera. Si preguntan al niño de cuatro años por qué no hay que pelearse con el compañero, él responderá: «No hay que pelearse porque le puedes dar en un ojo.» Es decir, el niño toma en consideración las consecuencias negativas de su acción, pero no califica de negativa su propia acción. Al final del período preescolar las respuestas suelen ser otras: «No hay que pelearse con el compañero porque está mal abusar de él.»

Dentro de las motivaciones éticas de la conducta cada vez adquieren más importancia las motivaciones *sociales*, el deseo de ser útiles a los demás. El preescolar de menor edad ya es capaz de realizar una tarea no difícil para satisfacción de otras personas: puede hacer una banderita para

regalar a otros niños, o un pañuelo para la madre; en este caso el niño tiene que saber muy bien a quién está destinado el regalo y tiene que sentir simpatía hacia esa persona. Para que el preescolar de menor edad lleve a término la bandera que está haciendo, el educador, derrochando imaginación, les cuenta que los niños a quienes van destinadas las banderas son pequeños y sentirán mucha alegría cuando las reciban. El niño realizará un trabajo por iniciativa propia más tarde, cuando tenga cuatro o cinco años. A esa edad ya comprende la razón de su trabajo, que es la de ser útil a los que le rodean. Cuando a un preescolar de menor edad le preguntan por qué cumple un encargo del adulto, responderá: «Porque me gusta» o «porque me lo mandó mamá». El preescolar mayor, a esa misma pregunta, responderá: «Mamá y mi abuela viven solas y les es difícil» o «quiero a mamá y por eso le ayudo». Los niños de las distintas edades preescolares también tienen un comportamiento distinto en el juego, en el que el éxito de su equipo depende de cada uno de ellos. El preescolar menor, y en parte el mediano, se preocupa únicamente de su propio éxito; otra parte de los de edad mediana y los mayores actúan para lograr el éxito de todo el equipo.

Cuando se trata de ayudar a otros, el preescolar de mayor edad da muestras de cumplir las normas éticas de manera consciente.

En un jardín de infancia, los niños se preparaban para el paseo. Un niño de seis años ayudaba a una pequeña a abrochar el abrigo y a ponerse los guantes. Un adulto le preguntó: «¿Es tu hermana?» El niño le observó asombrado y le respondió: «No es mi hermana, es pequeña y hay que ayudar a los pequeñitos.» (Observado por I. R. Kliuchariova.)

En la edad preescolar las motivaciones del comportamiento cambian en conteni-

do; al mismo tiempo surgen nuevos tipos de motivaciones. Entre las distintas motivaciones se establece una jerarquía, una subordinación: unas adquieren para el niño más importancia que otras.

El preescolar menor no tiene una línea de conducta precisa, definida. El niño que acaba de dar un caramelo a un compañero, inmediatamente después puede arrebatarse un juguete. Otro, que mostró mucho empeño en ayudar a su madre a limpiar la casa, a los pocos minutos se niega rotundamente a ponerse el pantalón. Ello se debe a que a esa edad las distintas motivaciones se suceden sin una jerarquía: el niño se rige cada vez por una motivación distinta según la situación.

*La jerarquización de las motivaciones es la nueva adquisición más importante en la evolución de la personalidad del preescolar, confiriendo una línea determinada a toda la conducta. A medida que esa línea progresa, se hace posible pasar de la valoración de determinadas actitudes del niño a valorar su conducta en conjunto como buena o mala. Si las motivaciones principales de la conducta del niño son de tipo social —obedecen a normas éticas—, él en la mayoría de las circunstancias actuará impulsado por esas motivaciones y normas y se resistirá a las actitudes que se oponen a ellas. Por el contrario, cuando en el niño*

son más fuertes las motivaciones encaminadas a recibir una satisfacción personal y a demostrar su superioridad verdadera o imaginaria sobre los demás, puede dar lugar a graves violaciones de las reglas de comportamiento. En este caso se requieren medidas educativas correctoras de la personalidad que inicia un desarrollo no deseable. Por supuesto, una vez ha surgido la jerarquía de motivaciones, el niño no tiene por qué regirse en todos los casos por las mismas motivaciones, como tampoco ocurre con el adulto.

La conducta de toda persona obedece a una infinidad de motivaciones muy variadas. Ahora bien, mediante la jerarquización estas motivaciones distintas dejan de ser equivalentes y se alinean en un sistema. Desde ahora el niño es capaz de renunciar a un juego interesante para realizar un trabajo tal vez más aburrido, pero que el adulto aprueba. Cuando el niño fracasa en alguna empresa que él considera importante, la satisfacción que pueda obtener por «otro conducto» no le servirá de consuelo. A un niño que no logró resolver un problema, le dijeron que se había comportado bien y le dieron un caramelo, como a todos los demás. Recibió el caramelo sin ninguna alegría y se negó a comerlo: después del fracaso le habría sabido «amargo».

## 2. AUTOCONCIENCIA Y AUTOVALORACION DEL NIÑO PREESCOLAR

Hemos visto que uno de los aspectos del desarrollo de las motivaciones de la conducta en la edad preescolar es que el niño toma mayor conciencia de ellas. El niño es cada vez más consciente de los motivos que determinan su conducta y de las consecuencias de ella. Esto se debe a que en el preescolar se está desarrollando la *autoconciencia*; es decir, el niño adquiere conciencia de sí, comprende qué

representa él, qué cualidades tiene, cómo se comportan hacia él los que le rodean y a qué se debe ese comportamiento. La autoconciencia se manifiesta sobre todo en la *autovaloración*, es decir, en cómo el niño valora sus logros y sus fracasos, sus cualidades y sus posibilidades.

El principal requisito para el desarrollo de la autoconciencia es que el niño adquiera conciencia de su diferenciación de

las demás personas, lo cual tiene lugar al finalizar la edad temprana. Pero al entrar en la edad preescolar, el niño únicamente tiene conciencia de que existe: apenas se conoce y apenas sabe nada de sus cualidades. En su afán de ser como el adulto, el preescolar de menor edad no toma en consideración sus posibilidades reales; en ocasiones ni siquiera sabe qué es eso. Esto se manifiesta con claridad durante la crisis de los tres años.

El preescolar de menor edad tiene una opinión de sí mismo que no es justa ni fundamentada. Simplemente se atribuye todas las cualidades positivas que el adulto aprueba, aunque con frecuencia ni siquiera sabe en qué consisten esas cualidades. A un niño que insistía en que era cuidadoso, cuando le preguntaban qué significaba eso respondió: «Que no tengo miedo.» Otros niños que se ufanan de ser cuidadosos, a esa misma pregunta respondieron que no sabían su significado.

*Para enjuiciarse correctamente a sí mismo, el niño primero tendrá que aprender a enjuiciar a los demás, a los que él puede observar desde fuera. Pero ya sabemos que esto le llevará tiempo aprenderlo. En este período el niño, al enjuiciar a otros niños, se limita a repetir las opiniones oídas a los adultos. Lo mismo ocurre en lo que se refiere a la autovaloración («Soy bueno porque mi mamá lo dice»).*

Inicialmente el niño valora las acciones y cualidades de los demás, de acuerdo a sus relaciones con ellos. Eso se manifiesta en particular cuando valora el comportamiento de los personajes de los cuentos. Cualquier acción del personaje «bueno», positivo, el niño la da por buena y la del «mal» personaje por mala. Paulatinamente el niño aprende a valorar la acción de los personajes independientemente de su actitud en general hacia ellos; aprende a in-

terpretar cada situación concreta, a valorar el significado de cada acción. El niño acaba de escuchar el cuento «El palacio» (\*), y responde a las preguntas: «¿Hizo bien o mal el oso?» «Hizo mal» — «¿Por qué hizo mal?» «Por que aplastó el palacio» — «¿A ti te gusta el oso o no?» «Me gusta. Me gustan los osos».

A medida que asimila las normas y reglas de conducta, el niño las utiliza para enjuiciar a las demás personas, aunque le sigue siendo difícil aplicarlas a sí mismo. Las emociones que impulsan al niño a realizar una acción le impiden medir el sentido verdadero de la acción y juzgarla de manera imparcial. Sólo logrará valorarse cuando aprenda a confrontar sus actitudes con las de los demás. El niño aprende a compararse con los demás sólo cuando llega a la edad preescolar mayor y en base a ello llegará a autovalorarse correctamente.

El preescolar mayor juzga con bastante acierto sus buenas y malas cualidades; al hacerlo tiene en cuenta la opinión que de él tienen los que le rodean. Esto es de enorme importancia para el ulterior desarrollo de la personalidad del niño, pues le permitirá asimilar, de manera consciente, las normas de conducta, y seguir los ejemplos positivos. Al mismo tiempo, el niño puede explotar en interés propio la actitud del adulto frente a sus cualidades o actitudes. El niño de esa edad, por regla general, comprende perfectamente cuándo es obstinado y cuándo viola las normas del comportamiento, y se manifiesta obstinado con aquellos adultos que le hacen concesiones. En las relaciones con su madre, el niño puede interpretar el papel de niño, es decir, subrayar aquellas cualidades infantiles de su comportamiento que le hacen más gracia a ella, y así lograr determinadas recompensas.

\* En este cuento ruso, en un palacio se van instalando distintos animales, hasta que llega el torpe oso, que destruye el palacio. (N. del T.)